

JIMINA SABADÚ
LOS SUPERVIVIENTES

XX PREMIO DE NOVELA
ATENEJO JOVEN DE SEVILLA

algaida



El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de honor), Félix G. Modroño, Ramón Pernas, Miguel Ángel Matellanes, Miguel Cruz Giráldez y María A. Prior Venegas. La novela *Los supervivientes*, de Jimina Sabadú, resultó ganadora del XX Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla.

Primera edición: 2015

© Jimina Sabadú, 2015
© Algaida Editores, 2015
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9067-321-8
Depósito legal: Se. 1024-2015
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Para Uriel, que no sobrevivió.

Para Enrique, que sobrevivió.

*Para todos los que ayudan
a que otros sobrevivan.*

ÍNDICE

PRÓLOGO

El tesoro de los piñones	15
--------------------------------	----

CAPÍTULO PRIMERO

Diplomas a la excelencia	23
Ciento cincuenta gramos de té a granel	35
Un lápiz que puedas coger con las yemas de los dedos y un estuche completamente nuevo	39
Dieciséis letras en tiza	49
Mi casa con Johanna y los amigos que son para siempre	57

CAPÍTULO SEGUNDO

Ropa de entretiempo	69
Soñando entre libros	79
El mundo visto desde arriba	81
Un virtuoso de la escalada	87
Las luces	93
Bueno, pues ya está... ..	99
La calle cuando no mira nadie	103
Lo que hacen por las mañanas	107

CAPÍTULO TERCERO

Salón de fiestas	113
------------------------	-----

Desde la base	121
Rescatar a un caballo del barro	129
<i>Skyline</i>	135
Un día redondo	139
Sandra Pinchopatata	141
Juegos de cartas	145

CAPÍTULO CUARTO

El personaje, el tema, y la voz	151
Mi curso de Creación Literaria	163
No me gustan los lunes	165
Albemut	173
Cicatriz	179
Los adornos de Navidad	187
Donde hay un chupete hay alegría	191
Marvin Harris ya está aquí	199

CAPÍTULO QUINTO

Mahatma Gandhi	209
Mierda pilonga	221
Libro de reclamaciones	231
Acercarse a un ser humano	237
¿Quién me da la mano?	249
Corazón partido	255
Zanadillas	267
Y qué haría yo si respondiera	271

CAPÍTULO SEXTO

La nueva vida de Carolina Mayoral (Parte 1)	275
La gran decisión	279
La marca del cuello	285

Azúcar y silicona	287
Puertas abiertas	291
CAPÍTULO SÉPTIMO	
La oscuridad	297
Una cafetera nueva	307
Un librito con todos vuestros cuentos	311
CAPÍTULO OCTAVO	
A quitarle los clavos a Jesús el Nazareno	321
Polla caliente	325
Un <i>tour</i> por el mundo del dinero	333
El sanedrín de la cafetera	341
CAPÍTULO NOVENO	
La nueva vida de Carolina Mayoral (Parte II)	347
La nueva (futura) vida de Jesús García Araújo	349
La extraña vida de Miguel Sanz según Miguel Bolás	351
Por el mar corren las liebres	353
Por el monte las sardinas	365
No escribiré más	369
Vamos a contar mentiras	371
Tralará	375
EPÍLOGO	
Cuando el mundo pierda toda magia	381

PRÓLOGO

Final del verano

EL TESORO DE LOS PIÑONES

ERA EL FINAL DEL VERANO. NO SOLO LO DECÍA EL calendario, sino también el tiempo. El viento fresco, los atardeceres, las piscinas vacías, y los coches otra vez dando vueltas en busca de un sitio en el que aparcar. Y un signo inequívoco era que el Minipilar, el bar de la urbanización Saja, en Pinar, celebraba su fiesta anual para jóvenes a la que solo iban padres. En esta fiesta, ya un clásico, se invitaba a vino pero se cobraban las cervezas y los cubatas. El dueño del Minipilar dejaba que los niños rondasen y cogiesen un poco de tortilla de patata. Los pies se les pegaban al suelo por la grasa de las bravas. La televisión estaba encendida y al mismo tiempo sonaba música. El tema que cerraba siempre la fiesta era *Amor de verano* del Dúo Dinámico.

No muy lejos del Minipilar, junto a un bloque de viviendas, Miguel Sanz y Miguel Bolás se comían los piñones que habían guardado durante el último mes. No es que les gustaran los piñones. No es que fuera divertido guardarlos. Es que no había otra cosa que hacer.

En julio se habían acercado a la piscina a jugar al *risk* a la sombra, pero un chico algo más mayor les había quitado el tablero y al intentar tirarlo encima de un sauce, rebotó en la rama y cayó en la piscina. El chico se disculpaba mientras se reía. Se sentía mal pero también le hacía gracia ver Europa flotando junto a una nube de asteriscos de colores. A los dos Migueles les sentó tan mal que no volvieron a la piscina.

Pero no se trataba tampoco del *risk*, ni de ese chico que por lo demás no les molestaba casi nunca. Eran sus cuerpos. Eran las señoras y los niños, y las tres chicas, como quiera que se llamasen, que se sentaban siempre debajo del pino y moviendo las piernas, hablaban obviamente de ellos. A Miguel Sanz le llamaba la atención el hecho de que en la piscina los vecinos solo hablasen de aquellos que tenían más o menos su misma edad. Las señoras solo hablaban de lo que hacían otras señoras, y aquellas tres chicas sin nombre hablaban de lo que hacían ellos, y ellos comentaban lo que hacían ellas.

Pero había durado poco este año. El verano se había ido en coger piñones al caer la tarde, y en tirar aviones de papel a la vía abandonada. A Miguel Sanz le gustaba ir a la vía porque volvía lleno de polvo y sudor. Le parecía que había hecho algo con esas horas de calor. A Miguel Bolás le daba igual; solo le preocupaban las notas y lo que decía su madre. Su madre decía que estaba gordo, que las gafas le sentaban mal, que no tenía amigos y que vaya aficiones más tontas que tenía. Su madre solía sentarse sola en la piscina porque las demás señoras le parecían vulgares.

Una vez Miguel Sanz le preguntó: «Y tu madre, ¿qué?». Miguel Bolás, lejos de no darse por aludido, le explicó que su madre quería irse a un barrio bueno y que su padre insistía en que este ya estaba bastante bien. Entonces surgía la cuestión de que por qué no iban al mismo colegio, que por qué no pedía un traslado de expediente. Miguel Sanz mentía sobre el suyo, el colegio Agustín de Foxá, y le hablaba de la piscina —que jamás había visto en funcionamiento—, del gimnasio —que solo usaban las chicas—, de la biblioteca —de la que no se podían sacar libros porque, según el director don Elías, se estropeaban—, de las excursiones —siempre a La Pedriza y al canal, salvo los del último curso, que iban al Prado y veían el cuadro de *Las lanzas* y *Las meninas*— y del comedor —al que Miguel no solía entrar por temor a las represalias.

Un día Miguel Bolás se hartó de escuchar las bondades del Foxá y se sinceró con Miguel Sanz:

—Da igual que vaya a tu colegio o que tú vengas al mío. Somos unos marginados y lo vamos a ser toda la vida. Lo seremos en la universidad, lo seremos en el trabajo, y lo seremos de viejos. Aunque cuando seamos viejos al menos podremos escupir en el suelo y darle bastonazos a los niños. Eso sí que me gustaría. Darle bastonazos a los niños con la mochila, como hacen ellos siempre. Qué hijos de puta. Hacen como que les duele todo para que les dejes el sitio en el autobús.

Miguel Bolás no lo dijo con rencor ni con lástima, sino con una profunda resignación. Su plan para los próximos quince años era estudiar y discutir con su madre. La

discusión del verano trataba sobre poner o no el póster de Johanna Raffios tomado del *As*. Miguel Bolás decía que era solo una chica en bikini, pero su madre decía que era una ordinaria. Su padre no opinaba por la cuenta que le traía, pero asentía cuando su madre decía que tenía pinta de pelandrusca. Miguel Sanz le preguntaba que cómo era capaz de hacerse pajas con una señora de casi treinta y cuatro años. Miguel Bolás solo decía que estaba buena y que era por fastidiar a su madre.

Cuando Miguel Bolás contaba esto, volvía sobre el asunto de ser viejo y dar bastonazos. Identificaba la vejez con hacer lo que le daba la gana, como hacía su abuelo, que le daba algún dinero si le ponía una copa de los licores del padre y luego negaba que allí oliera a alcohol. A Miguel Bolás le daba todo igual. Se metían con él y simplemente cambiaba de sitio. No tenía amigos y tampoco le importaba. Se imaginaba en los COE, viviendo una marcialidad de fantasía y diversión, llena de muerte y camaradería. Pero sobre todo se imaginaba muchas muertes y explosiones. A Miguel Sanz sí le importaba, y por la noche, cuando se despidieron y cayó en la cuenta de que en unos días empezaban las clases, notó cómo una bola de angustia se fundía con los piñones en el estómago. Vomitó entre grandes arcadas, pero nadie lo oyó. A continuación, se golpeó la cabeza contra la pared hasta marearse. Y luego simplemente lloró en el suelo del baño, dando patadas al aire de cuando en cuando. En el Minipilar sonaba la última canción.

*El final del verano
llegó
y tú partirás.
Yo no sé
hasta cuándo
este amor
recordarás...*

Para cuando llegaron sus padres, ya se hacía el dormido en la cama, con la luz apagada. Y como cada noche desde hacía años, rezó un padrenuestro, un avemaría, unas peticiones para gente conocida —por el abuelo de Miguel Bolás, por la señora que mendiga en la puerta de El Corte Inglés, por el tío Sebas y por la niña desaparecida de Cádiz— y otra para él: «Dios, si estás ahí, por favor haz que mañana esté muerto. Te lo pido por favor».

CAPÍTULO PRIMERO

Septiembre

DIPLOMAS A LA EXCELENCIA

«**E**STABA LA REINA. Y LOS NIÑOS. MÁS RUBITOS, más monos. Un concierto precioso. Cuando entró, todo el mundo se dio la vuelta y aplaudió. Y ella hizo un gesto en plan: “sentaos, sentaos”. Y luego la vimos tomando un canapé en el intermedio».

«¡En pie!». La voz de Jacinto, el bedel, interrumpió la narración del concierto de la *Séptima Sinfonía* de Mahler el día anterior en el Teatro Real. Rosa, la madre de Roberto Piñas, calló y se puso en pie, como hicieron todos los alumnos, padres y abuelos en la capilla del colegio Agustín de Foxá. Solo una esquina mantenía la estructura de lo que en su día había sido una modesta capilla para los labradores de la finca de Pinar, antes de que las promotoras se llevasen el campo de allí. Ahora el lugar era de ladrillo visto y madera; pequeños ventanales rectangulares dejaban pasar la luz e iluminaban con rayos oblicuos algunos puntos concretos. Entre otros, el broche de Rosa, que se reflejaba en la cara de Jacinto. A través de los haces luminosos se veía una enorme y sencilla cruz de metal. Debajo,

el altar. Y sobre el púlpito, el micrófono. Don Elías, el director, se acercó a él y dijo algo que nadie oyó. Encendió el micrófono y añadió: «Buenas tardes».

—Buenas tardes. Padres, alumnos, abuelos... —risas—, y profesores. Me toca como cada año dirigirme a vosotros, y seré breve, para daros la bienvenida al nuevo curso. Un curso lleno de cambios, y de buenos deseos. Con nosotros está hoy María Victoria, la nueva profesora de Literatura. A pesar de ser poca cosa —risas— es una mujer entregada y estoy seguro de que os transmitirá ese amor por la cultura del que yo siempre he hecho gala. Y al igual que unos llegan, otros se van. Don Marcial, el profesor de Historia, se despide este año de nuestra familia para disfrutar de un merecido descanso.

»Porque eso es el colegio Agustín de Foxá. Una familia. Nosotros no tenemos alumnos. Nosotros tenemos personas. Y les enseñamos a ser personas. El noventa y nueve con nueve por ciento de los alumnos del colegio aprueba la selectividad. Y el setenta y siete por ciento saca más de un notable. Es decir, que nuestros alumnos eligen la carrera que desean hacer. Hemos formado ingenieros, médicos, abogados, y grandes deportistas. Por citar a uno, Cayetano Ánade-Silvela es un conocido jinete de polo, campeón de Mallorca de vela, escalador, navegante... Un prodigio ahora bajo la escudería de una conocida marca de bebida energética. Lo habréis visto en la tele este verano —risas—. Nuestros alumnos deportistas nos llenan de orgullo: el año pasado el equipo de *hockey* quedó tercero en el torneo alevín de Madrid. El equipo de fútbol ganó el torneo *junior* de Madrid. Y el equipo femenino de balon-

cesto quedó segundo en la liga nacional de colegios. Por no hablar de los partidos amistosos que han ganado los chicos de atletismo. En el colegio Agustín de Foxá formamos personas sanas, en cuerpo y mente.

»Este verano me encontré con Xana, al que recordaréis los mayores. Xana, que es como se hacía llamar el hijo de Marape, el director del Real Deportivo, me dijo: «Elías, en el Foxá me habéis enseñado a ser un hombre». Y eso que Xana daba una guerra que algunos profesores recordarán todavía —risas—. Pues este chico nos decía: «Me habéis enseñado a ser un hombre». Eso es nuestro mayor orgullo —aplausos—. Y ahora, vamos a hacer entrega de los diplomas a la excelencia del año pasado a los alumnos que obtuvieron una nota media de matrícula de honor y sobresaliente.

Los aplausos estallaron por toda la sala. Un coro universitario al que se le pagaba con diez euros por cabeza y derecho a picoteo, que poco tenía que ver con la institución, entonó el *Gaudeamus* y don Elías se retiró. Durante su discurso había desaparecido la luz de los ventanales. Fuera se había nublado. El cielo se había vuelto amarillo y se mezclaba con el gris de las nubes. El broche de Rosa había dejado de brillar. Tan solo había transcurrido una hora y ya ni los vestidos parecían nuevos, ni los peinados se mantenían firmes.

El curso había empezado y el tiempo, a 9 de septiembre, empezaba a correr de nuevo. Tras el *Gaudeamus*, don Leandro, párroco del barrio y profesor de Religión del colegio, dio un breve sermón. Tras dejar a una madre tardía leer la «Fábula de los talentos», habló sobre la importan-

cia de aprovechar nuestras habilidades y la alegría que habían traído los triunfos deportivos al colegio.

—Los alumnos que reciben hoy los diplomas —continuó don Leandro— son el ejemplo del buen hijo: recibieron talentos y los multiplicaron, haciéndonos sentir orgullosos de su recto comportamiento, y son para nosotros un ejemplo a seguir. Algún día tendrán puestos importantes y añoraremos esta época más inocente, estas tardes de estudio y de algún que otro escaqueo —risas—. Los años del colegio son los más fértiles de nuestra vida, porque con cada pequeño acto decidimos quiénes vamos a ser.

Los aplausos sacaron a María Victoria de su ensimismamiento. Desde que don Elías dijo que era poca cosa, había dejado de escuchar la ceremonia. Y no porque él hubiera dicho que ella era poca cosa, sino porque la gente se había reído. Desde la esquina de la primera fila miró hacia atrás y trató de quedarse con las caras que iban a convivir con ella durante, ojalá, los próximos treinta años. Nadie especialmente guapo, nadie especialmente feo. Niños de uniforme, preadolescentes cambiando el peso de su cuerpo de la pierna izquierda a la pierna derecha, y luego a la izquierda de nuevo. Brazos cruzados, miradas furtivas a los móviles, alguna risa... Las gafas de don Leandro, al que volvió a mirar, eran iguales que las de Escrivá de Balaguer, y eso igual quería decir algo. Le daban no solo al párroco, sino a la capilla entera, una pátina de antigüedad. María Victoria, que no podía emocionarse por las victorias académicas de aquellos desconocidos, se concentró en la expresión de la Virgen.

Una nueva ola de aplausos devolvió a María Victoria a la realidad. La entrega de diplomas había terminado y don Elías invitaba a los laureados estudiantes a acercarse al altar para sacar una foto de grupo. Los diplomas, sin ningún valor oficial y tan grandes como un cheque de un concurso de televisión, ocupaban más que la mayoría de los niños de primaria. Tenían los rebordes en plata (notables) y oro (sobresalientes) y el escudo del colegio «Veritas, Libertas, Honos». Don Leandro invitaba a los padres a pasar al salón de actos a disfrutar de un vino español. Los padres se daban dos besos y se preguntaban por las vacaciones. Las madres del equipo femenino de baloncesto iban en grupo y sin darse cuenta, empujaron a María Victoria contra la pared. Su chaqueta se quedó blanca del yeso. Mientras la limpiaba, observó como dos chicos le daban una colleja a un muchacho desaliñado. Supo después que se llamaba Miguel Sanz, que rara vez hablaba, y que esto era lo normal.

El vino español se servía en el gimnasio cubierto. Las colchonetas habían sido apiladas para la ocasión y la lona verde, a causa de los cambios bruscos de temperatura, exudaba un peculiar olor a polvo que no era del todo desagradable a juzgar por el nutrido grupo que se había puesto allí a charlar. Si alguien hubiese trazado un plano axonométrico del gimnasio cubierto, se podría ver por la planta cómo se organizaban las cabezas de los personajes que poblaban el colegio Agustín de Foxá.

Tapando la entrada al llamado cuarto de las pelotas, había unas burras con placas de conglomerado. Sin mantel alguno, las manchas de décadas de ágapes de principio

y final de curso trufaban la superficie. Una docena de botellas de Rioja. Dos platos con colines. Un plato con regañás. Cuatro platos con jamón serrano —uno de ellos ya vacío—. Dos platos con lomo y chorizo blanco. Otros dos platos con queso curado. Un bol con patatas fritas. Una montaña de servilletas, la primera de las cuales estaba doblada sobre sí misma, como los adornos de un violín.

Junto al primer plato de jamón se hallaban los profesores que un día decidieron que Magisterio era una carrera con futuro. Hablaban de las vacaciones y del problema de la semana blanca. Junto a los colines, en fila, Alfonso, el de deporte, que si bien no estaba interesado en este tipo de eventos, se preocupaba por los alumnos. Alfonso tenía gigantismo y se agachaba para hablar con todo el mundo. De tanto hacerlo se había acostumbrado a ir ligeramente encorvado, ya que sus dos metros cinco le daban vergüenza.

No podía ver, desde su posición, cómo Miguel Sanz entraba y salía del edificio esquivando a sus compañeros. A pesar de su perfil solitario y callado, Miguel Sanz sacaba buenas notas en según qué asignaturas, y en el pasado curso logró superar su problema con las matemáticas gracias a un profesor particular, y sacar un notable en Educación Física gracias a su esfuerzo, pero no a su rendimiento. Esto le había catapultado al grupo de los diplomas de honor. Sus padres no habían podido ir a la entrega pero estaban deseando ver la foto. Debido a la duración del acto, la asistencia casi siempre quedaba reducida a madres centradas en sus labores, con toda la mañana por delante para escuchar el discurso de don Elías. Y él entraba y salía para

evitar a Roberto Piñas y Fernando Gavá. Faltaba Ramiro, pero Ramiro no sacaba buenas notas.

Roberto Piñas y Fernando Gavá no se daban cuenta de lo que hacía Miguel Sanz porque estaban en las espaldas hablando del teléfono móvil que querían. En una tienda les habían ofrecido venderles dos con tarjeta, dentro de un plan comercial que consistía en atraer a los adolescentes de dos en dos. «Si a un niño le dan diez euros, al amigo también se los dan», había dicho el director comercial artífice de la idea. Y no se equivocaba. Si Fernando Gavá conseguía un móvil, Roberto Piñas también. Roberto Piñas tenía trece años. Demasiado mayor para ser un niño y demasiado joven para ser un adolescente; lo notaba no solo en su cuerpo, sino en un extraño cambio que empezaba a experimentar a su alrededor. Hasta ahora, siempre había sido un niño guapo, simplemente por sus atributos: era rubio y tenía los ojos azules. Fuera de esos fenotipos, no era un chico guapo. La llegada de la adolescencia estaba estirando sus huesos y reorganizando su cara; empezaba a temer que iba a ser feo. Hasta ahora las niñas corrían literalmente detrás de él. Había un juego que consistía en que, cuando estaba jugando al fútbol, una niña daba un grito, y la seguían todas las demás. No era raro ver a Roberto corriendo con una sonrisa de oreja a oreja mientras un grupo de niñas de su clase lo seguían. Pero eso había dejado de pasar durante el curso anterior, porque a otro chico del último curso le había sucedido todo lo contrario: había pasado de niño obeso a joven de proporciones áureas, y su nuevo cuerpo, unido a su timidez producto de años de burlas, lo convertían en el chico más codiciado del colegio Agustín de Foxá.

Con Roberto Piñas y Fernando Gavá estaba Aída Ruiz, que era a su vez la niña más deseada de su clase, aunque no del colegio. Tres años antes había protagonizado un anuncio de Pinypon, y todos los niños consideraron que si salía en la tele era por guapa. Ella se lo creía y lo demostraba. Se remangaba la falda hasta hacer un dónut debajo del jersey, y se rizaba la melena. Llevaba meses insistiendo para que le dejaran hacerse una mecha malva y un tercer orificio en la oreja. Hasta entonces, llevaba un pendiente de quita y pon, que durante el fin de semana se colocaba en el labio. Roberto Piñas estaba empezando a enamorarse de Aída Ruiz, y Aída Ruiz estaba enamorada de un tripitidor de bachillerato.

Sin mezclarse con ellos tres, en las colchonetas situadas un poco más al fondo, se habían agrupado ya los de primaria, que encantados por la inusual colocación del gimnasio, gozaban saltando y levantando polvo. Un triunfo para las madres del equipo femenino de baloncesto, cuya única meta en estas reuniones era comerse el lomo embuchado antes de que otro lo hiciera. Una de las madres era Marisa Lorea, la madre de Aída Ruiz. De joven fue, igual que su hija, la más bella de su clase. Ahora era secretaria del Instituto Oficial de Idiomas y nunca cogía el teléfono cuando sonaba. Los alumnos responsables sabían que lo suyo era dejar pasar a un despistado y así conseguir que los atendiera otra persona. Fuera del trabajo, Marisa Lorea era una mujer entregada. Miembro del AMPA, madre de una campeona de deportes, y una gran conversadora en el gimnasio. Las charlas con el resto de madres solían versar sobre las tallas de pantalón y de sujetador de sus

hijas. Una de ellas se sabía deshonrada por el escaso volumen mamario de su hija y había reorientado la conversación hacia la importancia de no tener las piernas gordas. No se trataba de tenerlas delgadas, sino de no tenerlas gordas, como era el caso de muchas de las niñas del equipo, pero no el de su hija. Había madres de niñas del equipo femenino de baloncesto que no le daban importancia a esas cosas, pero nunca estaban en el vino español: iban a recoger el diploma y se marchaban a casa.

En el centro del gimnasio, don Leandro y don Elías charlaban, como era costumbre, con los padres de los alumnos que podrían tener un brillante futuro en Medicina, Derecho o Ingeniería. Uno de ellos quería estudiar Biología para entrar en la Expedición Española a la Antártida pero don Leandro y don Elías le insistían en que tenía que aspirar a más. Una Ingeniería para ser, caso de no gustarle el sedentarismo, piloto de Iberia. Juzgaban sus ideas como ideas de crío, pero él, ilusionado con la idea, tenía como página de inicio la *webcam* de la base Amundsen. A pesar de que había descubierto la *webcam* al tiempo que llegaba la oscuridad de seis meses a una región tan extrema, imaginaba una vida fascinante dentro del laboratorio. «Pero eso es una tontería, porque siendo piloto puedes irte a cabo de Hornos cuando quieras, que seguro que a los dos días de ver hielo, te cansas».

En una esquina cercana a la puerta, el jefe de estudios y un padre sin ambición hablaban de paradores. El jefe de estudios era don Jacinto y nunca se preocupaba por nada. Nadie sabía qué funciones desempeñaba. Le gustaba mucho hablar de vinos, castillos de la Meseta y

guisos locales. Su falta de profesionalidad era el contrapunto perfecto para la fatuidad de don Elías, y solo en casos muy extremos llegaba a intervenir en los problemas del colegio. En puntos discontinuos se agrupaban padres que tardarían poco en irse. María Victoria entró buscando al grupo al que pertenecía. No conocía a nadie más que a don Elías, así que aunque no le apetecía hablar con él, se le acercó para meterse en la conversación.

—María Victoria, ahora que está usted aquí, explíqueme a este chico que hay que elegir una profesión con futuro —dijo don Elías—. Anda bonito —dijo agachándose un poco, para quedar a la altura del alumno— explíqueme a doña María Victoria qué quieres hacer con esas pedazo de notas que has tenido.

—Quiero ir a la Antártida —Jesús García Araújo, de sexto curso, se abucharaba ante situaciones así.

—Pues bien, ¿no? —respondió María Victoria.

—A lo mejor hemos ido a preguntar a la persona equivocada. Aquí la señorita María Victoria es profesora de Literatura y seguro que también ha tenido la cabeza llena de pájaros —dijo don Elías riendo—. A todos nos gustaría ser futbolistas, astronautas y actores, pero llegan muy pocos.

—Pero los que llegan, llegan porque lo han intentado. Yo quería ser escritora, pero como no puedo vivir de eso, me dedico a la enseñanza. En mis ratos libres escribo, y me gusta. Pero si no lo hubiera intentado nunca, me habría quedado con la duda.

—Pues es lo que le estamos diciendo. Que se haga piloto y que cuando le apetezca se vaya de vacaciones a Chile.

—Si hago eso, al final no iré nunca al Polo —respondió tímidamente Jesús García Araújo. El director lo zanjó con una palmada.

María Victoria tenía la sensación de que no se había explicado bien. Miraba a Jesús y empezó a fantasear con que todos sus alumnos iban a ser así.

—Pues no es usted tan poca cosa. De hecho, es una mujer muy guapa —María Victoria se volvió para ver al hombre que la había requebrado. Era don Marcial, que sonreía de oreja a oreja, quizás porque era su último año. Le dio dos besos y se presentó—. Llevo aquí dando clase treinta y cinco años. Desde que tenía su edad. Y por eso me alegro de saludarla, señorita. Llega usted a una institución muy noble. De aquí han salido grandes hombres.

—Ya he oído a don Elías. El hijo de Marape estudió aquí, ¿no? —don Marcial hizo un gesto de desagrado.

—Hace unas semanas me encontré con un chico que ahora es ya un hombretón, y me dijo: «Mire, don Marcial, yo siempre quise ser médico y ahora soy médico. Así que me voy a la India a ayudar a que otros puedan cumplir el mismo sueño».

»Es una maravilla ver a los alumnos por la calle. De repente, un señor que no sabes quién es te saluda, pum, y es un alumno, y le has conocido desde que era así, prácticamente un bebé. Y siempre se acuerdan de ti. No como nosotros. Con lo difícil que es reconocerlos al principio, y luego los olvidamos. Bueno, de cada curso hay uno o dos que sí se recuerdan.

»Mire, cuando yo entré aquí esto acababa de convertirse en un colegio de externos; antes mandaban aquí a los

chicos difíciles para que estuvieran internos, pero cuando llegué cambiaron las cosas. Ya era mixto, y los alumnos no atendían. Es que llega la primavera y están todas las alumnas guapísimas. Pero, bueno, no te preocupes por ellas. A veces son un poco competitivas con las profesoras jóvenes. Las ven nuevas y como ellas están haciéndose mujeres, sienten que tienen que competir. Pero usted firme, y ya verá. Aunque con esa cara de buena, no sé yo.

—Pues muchas gracias, don Marcial. Voy a por un vino, ¿eh?

María Victoria rellenó su vaso de plástico y salió al patio. Había una piscina llena de hojas, una pista de *hockey*, otra de balonmano y dos de baloncesto. El edificio se veía viejo. En la piscina flotaban, agrupados en un lateral, cuatro bidones vacíos. Dos verdeazulados, uno amarillo, y otro blanco. Este último se había dado la vuelta con el viento y mostraba la marca de las algas en su superficie.

Miguel miraba su Coca-Cola en silencio. Se levantó y se fue. Ya era la hora de comer.